

pluvial, en el vinagre, en la leche. Aun dentro de otros animales mayores se engendran, y tienen domicilio estos animalillos; de modo, que algunos Phylososofos no sin motivo juzgan, que algunas enfermedades consisten unicamente en la generacion de ciertas especies de ellos. El Padre Kircher refiere, que en la gangrena se han observado; y que el cundir, y matar tan prontamente la gangrena, consiste en que sus insectos proliferan copiosísimamente, y rapidísimamente.

38. Aun sin lesion alguna morbosa, ò en el estado natural, aseguran hallarse en las entrañas de algunos animales. El famoso Microscopista Leeuwenhoek certifica ser tantos los gusanillos, que se descubren en aquella masilla blanca, que se engendra en los dientes, que aunque él tenía el cuidado de confricar diariamente los suyos con sal, hacia juicio, que tenía en ellos mayor numero de estos insectos, que hay de hombres en todas las Provincias Unidas. Pero lo mas admirable en esta materia es, que no pocos Autores modernos dán por examinado, y muy bien examinado con el microscopio, que la misma materia seminal de los animales está inundada de ciertos gusanillos, que sirven à la generacion; lo que ha inducido à algunos Phylososofos à la extravagante, y arriesgada opinion de que todos los animales hasta el hombre son formados de estos gusanillos, se entiende cada individuo de uno de ellos. Mas sea lo que fuere de tan monstruosa opinion (que tal la juzgo), esto en ningun modo perjudica à la segura prueba experimental, que hemos alegado, de la inclinacion de la naturaleza à multiplicar en vivientes sus especies, y individuos.

39. ¿Pero la experiencia de la multiplicacion de vivientes en el globo que habitamos, puede servir de prueba, para concebir poblados de vivientes los nuevos mundos? La analogía parece que naturalmente nos conduce à este término. Y aun los modernos, que tienen por verisimil la habitacion de los Planetas de nuestro Orbe, creo aprecian mucho el argumento que toman de dicha analogía,

gía. Por lo menos el mas ilustre de todos ellos Monsieur de Fontenelle en el tratado, que escribió debaxo del titulo de *Coloquios sobre la pluralidad de Mundos*, en que particularísimamente explicó aquella incomparable gracia, con que sabía hermosear quanto escribia, principalmente insiste en esta prueba. Pero yo ciertamente juzgo este argumento ilusorio, y voy à explicar el motivo, que me asiste para reputarle tal.

§. IV.

40. **L**O que se dice de la inclinacion, génio, ò aptitud de la naturaleza à la propagacion, no se verifica de la naturaleza tomada universalísimamente, si solo de la naturaleza de los vivientes, lo que se debe entender de esa naturaleza existente à parte rei, en alguno, ò algunos individuos. De modo, que los primeros individuos de cada especie no pueden existir por inclinacion de la naturaleza à su produccion, si solo porque Dios libremente los produjo; porque antes de la existencia de esos primeros individuos no habia sugeto en quien existiese esa fecunda inclinacion.

41. Ahora pues. Quando por la inclinacion de la naturaleza à la propagacion se quiere probar, que hay vivientes habitadores, v. gr. del Planeta Saturno, se supone lo mismo que se quiere probar; porque esa inclinacion de la naturaleza no puede suponerse preexistente, sino en otros vivientes de la misma, ò mismas especies, de las quales, en virtud de esa inclinacion, se pretende dár à Saturno los primeros habitadores; lo que contiene manifiesta implicacion, porque serían, y no serían esos los primeros.

42. Substituyamos, pues, à esta ruinosa prueba, otra, que indubitablemente estriva en un fundamento sólido, subrogando à la inclinacion de la naturaleza criada à su propagacion, la de la naturaleza increada à su difusion. Y de ésta, hablando en propiedad phylosofica, se debe entender

der

der lo que arriba diximos del génió ; índole , ò inclinación de la naturaleza à multiplicar especies , è individuos. De suerte, que lo que allí entendimos por *naturaleza* , es el mismo Autor de la naturaleza.

43 Es máxima constante de los Phylososofos , que la bondad es difusiva de sí misma. Siendo , pues , Dios infinitamente bueno , ò la misma bondad , es claro que no le puede faltar esta noble prerrogativa. Acaso en esta subrogacion no hacemos otra cosa , que rectificar la idéa de los Phylososofos , que acabamos de rebatir. Realmente la inclinacion , y actividad de los vivientes para su propagacion , de esa infinita bondad difusiva descende , que en la produccion de su sér les dá así la actividad , como la inclinacion. Añado , que la multiplicacion de las substancias inanimadas privativamente es efecto de la Bondad Divina , pues en substancias , que carecen de toda vitalidad , no se puede suponer inclinacion , ò aperito alguno. Ni se me oponga à esto lo que se dicta en las Aulas del apetito de la Materia à la Forma , pues ya há mucho tiempo , que el gran Canciller Bacon advirtió muy bien , que esa es una locucion puramente metafórica. Y el tomarla en sentido proprio , y riguroso , solo es tolerable en los muchachos , que quando oyen hablar de ese apetito à sus Maestros , conciben en la materia una golosina mas insaciable de formas , que la que ellos tienen de melones.

44 Ni aun en los vejetables , aunque dotados de virtud generativa , admito yo apetito , ò inclinacion , propriamente tal , à la multiplicacion de individuos por la generacion. Sobre lo qual tengo muy expreso en mi favor à Aristoteles , el qual en el lib. i. de *Plantis* decisivamente afirma , que las plantas enteramente carecen de apetito , como carecen de toda sensacion , porque el apetito unicamente proviene del sentido: *Affirmamus igitur, quod neque appetitum plantæ habeant, nec sensum: appetitus enim non aliunde, quam è sensu est.*

45 No resta , pues , otro principio de donde colegir la poblacion de los Planetas , y habitacion de vivientes

en

en ellos , sino la infinita bondad del Criador ; advirtiendo aquí , que este principio igualmente es apto para conjeturar la poblacion de los Planetas de los nuevos mundos , que por ahora hypotéticamente admitimos , que la de los Planetas de este nuestro mundo viejo.

46 ¿ Pero qué habitadores serán los de unos , y otros ? Ciertamente ni aquellos , ni estos son de nuestra especie , porque los individuos de la especie humana consta de la Sagrada Escritura que todos descenden de Adan : *Fecitque ex uno omne genus hominum* (Act. 17.). ¿ Pero no podrian ser racionales de otras especies diversas de la humana ? Sobre eso nada hay revelado. En el Discurso pasado advertimos , que sin bastante fundamento se concibe comunmente el *Racional* , como diferencia ínfima del genero de animal , siendo mucho mas verisimil , que solo sea diferencia subalterna ; como especie subalterna , tambien el complejo de animal , y racional. Convengo en que ni la revelacion , ni la experiencia nos muestran entre los existentes otro animal racional , mas que el hombre. ¿ Pero qué razon suficiente se podrá dar , de que entre los posibles no haya diversas especies de animales racionales ? ¿ O qué demonstracion de que , en la diversidad de tales especies , haya repugnancia , ò contradiccion alguna ? Y no probandose dicha repugnancia , la posesion del derecho à nuestro asenso está de parte de la posibilidad , porque está de parte de la Omnipotencia.

§. V.

47 **P**Odemos , pues , sentar la hypotesi , de que así los Planetas de nuestro Orbe , como los de los nuevos mundos , son habitadores de animales racionales diversos especificamente de la especie humana , y diversos asimismo especificamente entre sí. Puesto lo qual , se sigue , que todas esas especies son desiguales en su perfeccion esencial. La razon es , porque todos los Metaphysicos , conformemente à la máxima Aristotelica de que las especies sean unas respecto de otras , como los números ,

spe-

species sunt sicut numeri; convienen en que toda la diversidad específica trae consigo necesariamente desigualdad en la perfeccion; de modo, que como repugna, que un número sea igual à otro, v. gr. el ternario al quaternario, ò el quinario al senario, repugna asimismo, que dentro del mismo genero una especie sea igual à otra; antes es preciso que sea mas, ò menos perfecta.

48 De la suposicion hecha, que los Planetas de los nuevos mundos son habitados de criaturas racionales, como los del mundo viejo, y cada uno de ellos de racionales de diversas especies; ¿qué numero tan prodigioso de racionales de especies diversas, y desiguales en perfeccion resulta en el Universo compuesto de todos esos mundos! Supongamos en cada mundo seis Planetas habitados, y aun siete, pues los modernos, que fomentan la opinion de estar habitados los Planetas, cuentan por uno de nuestros Planetas à la Tierra. ¿Y cuántos son los nuevos mundos? Tantos como las estrellas fixas, que cada una de ellas es un Sol, que ilustra un mundo entero.

49 Pero aun con saber esto, nada sabemos, porque resta averiguar cuántas son esas estrellas, y solo el que las crió sabe contarlas, *qui numerat multitudinem stellarum*. Sin embargo, algunos Astronomos se aplicaron à ajustar la suma. Entre los antiguos Hipparco, y Ptolomeo, que se quisieron cargar de este trabajo, nos dexaron noticia de mil y veinte y dos estrellas. Pero despues de la invencion del telescopio, los modernos, que lograron su uso; aumentaron considerablemente el número. Mas que todos, por observador mas diligente, Juan Hevelio, Burgomaestre de Dantzick, el qual arribó à designar mil ochocientas y ochenta y ocho estrellas. ¿Pero podremos, dár por cerrada esta cuenta? Nada menos. Esto no quiere decir, sino que los telescopios hasta ahora no descubrieron mas. Si este instrumento se fuere perfeccionando mas, y mas, se irán descubriendo mas, y mas estrellas. Y aun suponiendo que llegase à la ultima perfeccion po-

sible, ¿podríamos asegurarnos de que no existen mas estrellas, que las que entonces se descubriesen? En ninguna manera; porque, ¿qué principio hay capaz de limitar, ò la potencia, ò la voluntad del Criador para que no pueda, ò no quiera producir muchos, no solo millares, sino millones de estrellas à tales distancias, que excedan el alcance de quantos telescopios pueden fabricar los hombres?

50 ¿O qué número sin número de estrellas fixas se nos presenta à la mente! Y por consiguiente, ¿ò qué número sin número de nuevos mundos se ofrece la especulacion! Y si en cada uno de esos nuevos mundos, demás de un Sol, que le ilumina, hay seis, ò siete Planetas, ò globos habitados de diversas especies de criaturas racionales, como es consiguiente en la hypótesi del Systema propuesto; ¿ò quantos millones de esas diversas especies!

S. VI.

51 **E**ste es el Mapa que presentó al hombre: à este animal glorioso, expresion con que definia Tertuliano à los Heroes del Gentilismo, *Animal gloriae*: à este animal glorioso, digo, que por verse circundado solo de irracionales, tanto se ensoberbece con su racionalidad: Mapa no de un mundo solo, sino de muchos mundos: Mapa no à la verdad Geográfico, sino Phylosophico, en que están colocadas esencias específicas en vez de Provincias, ò Reynos. ¿Qué bulto, qué representacion, qué tamaño ofrece à la idéa la racionalidad humana, medida, ò barajada en esa gran coleccion de diversas racionalidades! Apenas iguala al espacio, que en un Mapa de todo el Globo terraqueo puede ocupar una cabaña pastoril. Viene à quedar, por razon de su extremada pequeñez, en el estado de invisible. Donde es bien advertir, que esa pequeñez se debe considerar tenuisima, no solo respectivamente à toda la coleccion de racionalidades, mas tambien comparada con algunas determinadas diferencias, ò especies. Siendo justo suponer, que en esa gran

coleccion, donde por la razon insinuada arriba, todas las especies, asi como diversas, son desiguales; hay algunas racionalidades de mucho mayor perfeccion, capacidad, penetracion, ò sutileza, que la humana.

52 Mirese en este espejo, si puede mirarse, ò verse en él, ese animal glorioso, que llamamos Hombre: ese átomo, que presume de Coloso: ese Señorito Pygmeo, que se contempla Monarca de un Mundo entero, no teniendo mas vasallos, que las bestias, que ocupan un palmo de tierras, vasallos à cada paso rebeldes, habiendo perdido por su culpa aquel despotismo de que Dios le habia dado la investidura en el Paraíso. Mirese, digo, en este espejo, y verá lo que es; ò mejor diré, verá lo que no es; pues quanto puede vér de sí mismo, es un nada, ò un casi nada, *prope nihil*.

§. VII.

53 **P**Ero se me podrá decir, que yo en la comparacion, que acabo de hacer, no cotejo al hombre con otras criaturas existentes, sí solo meramente posibles; pues esos nuevos mundos poblados de muchos excelentes racionales, solo existen en mi imaginacion, ò en la de algunos Philosophos, à quienes se antojo fabricar esos portentosos spectros; y siendo solo meramente posibles en ese estado, como carecen de toda existencia, carecen de toda realidad: son un verdadero nada; y respecto de lo que es nada, siempre el hombre es mucha cosa.

54 Convengo en que todos esos nuevos mundos son meramente posibles; pero pretendo, que para mi intento igualmente conduce su posibilidad, que su existencia. Para lo qual discurro así. Si esos nuevos mundos, poblados en la forma que he dicho, son posibles, pudo Dios, y aun puede criarlos. Si efectivamente los criase, sería la especie humana, en esa gran coleccion de otras especies de racionales, muchas incomparablemente mas perfectas que ella, una cosa pequeñísima. Arguyo pues. Como las esencias específicas son invariables, en el presente estado

es lo mismo que sería entonces: Luego tambien en el presente estado es poquisima cosa, es un *prope nihil*.

55 Con todo no dexo de temer, que el Mapa Phylosofico, que he mostrado al hombre, no sea mas eficaz para hacerle conocer su pequeñez, que lo fue el Geográfico, que para humillar su vanidad le mostró Sócrates à Alcibiades, à quien la Historia nos representa tan orgulloso, despues de aquel coloquio con el Phylosofo, como era antes: haciendo mas viva impresion en su ánimo la superioridad, que exerce sobre los demás vivientes, que tiene à los ojos, que su pequeñez, respecto de los que estan en los senos de la posibilidad. Mas aunque el Mapa propuesto no baste para humillarle, tengo alguna confianza de que podrá servir à otro fin no menos util; esto es, à que con mas íntima, fuerte, y clara persuasion se haga cargo de la grandeza del Criador, y por este medio se le exálten mas en la voluntad, y entendimiento, el amor, y el respeto de aquel soberano dueño suyo.

§. VIII.

56 **P**ARA imprimir en las mentes de los hombres el concepto mas alto, y la admiracion mas profunda que se pueda, de la sabiduría, y poder Divino, suelen los Autores Ascéticos excitarlos à la contemplacion de la fabrica del Universo, como que en esta grande obra suya resplandecen con suprema elegancia aquellos dos atributos de su adorable Artífice. Consideracion ciertamente oportunísima à ese fin, aun quando no la autorizára S. Pablo con aquella sentencia: *Invisibilia Dei per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur*. Es Dios en sí mismo invisible à los mortales; pero por reflexion se nos hace visible, como en un espejo, en esta grande obra suya, ò cúmulo de sus obras, que puso à nuestra vista.

57 Para ver en este espejo la grandeza, la sabiduría, y aun la hermosura (añado ahora) del Criador, no es menester mirarle como le mira el contemplativo en los raptos de la oracion; y mucho menos como le registra el

Phylosofo, exáminando sus maravillas en su estuóioso retiro. Basta verle, como le vé el mas sencillo, y rustico Aldeano, ò la mas ignorante Pastorcilla en qualquiera tiempo; pero con mucha especialidad en una noche serena, clara, y limpia de la Primavera, ù del Estío. Este es un objeto, en quien, porque aun imaginado me llena el corazon de un suavísimo deleyte, detendré algo la pluma, como que le tengo presente.

58 ¡Qué espectáculo tan triste, tan magnifico, tan hermoso! ¡Quánta copia de luces, y qué brillantes en ese espacioso campo del Firmamento! Y el mismo campo ¡qué agradable por aquel hechicero color azul, verdaderamente celeste, de que todo él está vestido! ¡Qué comparacion tienen con aquella tela, y con aquellos brillantes sobrepuestos, las galas con que se adornan las mayores Princesas de la tierra; no siendo la vestidura que las cubre, mas que un áspero tejido, y sus ponderados diamantes chinas robadas à una peña? Allí miro la Luna, y parece que está en el goce de toda su plenitud. ¡Qué rueda tan vistosa! ¡Qué candor tan amable! ¡Qué resplandor tan benigno! ¡Con qué magestad tan agradable se pasea por aquel círculo asignado à su movimiento! Hacia aquella parte se me presenta una prolongada faxa, como de color de leche. Esta debe de ser la que llaman *Via lactea* los Astrónomos. Tambien imita, aunque débilmente, la luz de los Astros, y acaso no es otra cosa, que una coleccion de Astros menores, ù de Estrellas, que se representan mas pequeñas, no por ser menor el tamaño, sino por ser mayor la distancia. Así lo conjeturo, porque tambien en la multitud de esotras, que sin disimular que son Estrellas, están derramadas por tan dilatados espacios, observo bastante desigualdad, así en la magnitud, como en la brillantez. Pero esa misma disminucion de luz en algunas partes, aumenta con su hermosa variedad el lucimiento del todo. ¡Valgame Dios! ¡Qué grande será el que fabricó un Cielo tan grande! ¡Qué hermoso será el que hizo tantos luminares tan hermosos!

Dí-

59 Dime ahora tú (que contigo quiero hablar ahora), tú, enamorado habitador de la Corte de España, que à todo forastero fastuosamente, ponderas como el mas ostentoso objeto de los ojos, y el mas hechicero atractivo de las almas, quando logra la pompa de iluminarse tu frecuentada Plaza de Madrid: dime, repito, ¡qué comparacion tiene esa iluminacion con esotra, que yo te recuerdo? ¡Qué proporcion hay de esas miseras perecederas luces, que en el breve espacio de dos horas se encienden; y se apagan, à esotras inextinguibles antorchas, que seis mil años há están alumbrando, y alumbrarán quanto dure el Mundo? Si quieres creerme, pues, sal al campo, y levanta los ojos al Cielo, para cotejar lo que dexas con lo que logras. Esa, que ves, es la Casa del Señor, el Palacio de la Deidad, Templo del Santo de los Santos, y habitacion eterna de los Justos. Mira la augusta espaciosa boveda de ese Templo, con las innumerables lucidísimas lámparas, que la adornan, aunque no pendientes de ella, sino sostenidas como milagrosamente por la misma invisible mano, que las colocó en ese sitio.

60 Pero no solo pretendo que mires el Cielo, y las Estrellas: quiero tambien que las oygas. ¡Pues hablan algo? Y mucho, y muy excelente. Hablan no menos que la gloria, el poder, la grandeza, y hermosura del Criador. ¡Pero no te lo dixo siglos há aquel Santo Profeta Rey, que entendio harto mejor que yo su language? *Cæli enarrant gloriam Dei*. Si, el Cielo habla, y oportunamente habla el Cielo, quando calla la tierra. La noche, que enmudece todos los vivientes habitadores de nuestro Globo, suspende aquel bullicio, que podria estorvarnos la atencion à las voces de la Esfera. Habla el Cielo, sirviendole de lenguas todas esas lumbreras, cuyos vibrados rayos son como sonoros gritos, que à tan lexanas distancias se hacen oír de nuestros ojos. Mira todo un Emisferio poblado de luceros, y mira, y admira en ellos, no solo la grandeza, y el poder; mas tambien la beneficencia, y liberalidad de su Autor, que los encendió para la delicia, no

Tomo V. de Cartas.

D

de

de uno, ò pocos Pueblos, sino de todos los mortales; y con igual claridad los veo yo aquí, ceñido de peñas, que tú colocado en esas abiertas campañas. Sobre que añado, que los pobres habitantes de la orilla del mar, distante de aquí cinco leguas, aun ven mas que tú, y que yo, gozando de un teatro mucho mas espacioso, y alegre. Tú, y yo no vemos mas que un Cielo: ellos ven dos, uno allá arriba, otro acá baxo; porque al de arriba ven duplicado en el reflexo del Oceano, como yo tambien lo he visto una, ò otra vez. Allí se ve otro manto azul celeste, estendido à quanto se puede alargar la vista, otros Planetas, otra multitud de fixas; y aun al parecer con luz mas animada, que la que ostenta allá arriba, porque la blanda agitacion de las olas dá apariencia de movimiento vital à los Astros. La flexibilidad del espejo hace movable la efigie. ¿Con qué gallardia se descubre nadante en el pielago la Luna? ¿Cómo añade gala à la gala de su candida vestidura, aquella gentileza, con que yá la recoge, yá la despliega? ¿Qué alborozadas juguetean unas con otras, como galanteandose mutuamente, las Estrellas?

61 Este duplicado teatro luminoso, este duplicado Cielo goza el Pescador de esta orilla, registrando el horizonte delante de su choza, y no le gozas tú, Cortesano, examinandole desde tu idolatrado Prado de S. Gerónimo. Vé el Pescador todos los Astros de este Emisferio reflexados en el dilatadísimo espejo del Oceano. Tú, Cortesano, verás solo quatro, ò cinco en el angosto, y algo enturbiado cristal del pygmeo de los Rios de tu consumido herico Manzanares. Y sin embargo no cesas de fastidiarnos con la vulgarizada cantinela, *de Madrid al Cielo*; compadeciendote de los que viven en estos, ò semejantes retiros, como que allá todo es delicias, y acá todo miserias. Pero basta de apostrofe.

§. IX.

62 **H**Asta aquí solo he mirado el Cielo, como le mirara qualquiera del vulgo; y aun debaxo de esa simple inspeccion me representa la grandeza, excelencia,

cia, y perfeccion del Criador, de modo, que me dexa absorto. ¿Qué será, si le exploro como examina el Phylосоfo, tomando por instrumento el telescopio de la especulacion Astronomica? Luego à la primera vista descubro otro Cielo, otro Mundo, sin comparacion mas grandioso, que el que hasta ahora tenia presente. O no es otro, sino el mismo, visto con mas claridad.

63 Esto significa, que ahora de nuevo se me aparece el Systema Magno, con la multitud de sus Soles, y nuevos Mundos, en que à cada Mundo alumbra, y preside otro Sol como el que nos alumbra à nosotros. Y à la verdad, si este Systema precisamente se ciñese à afirmar la existencia de esos muchos Soles, no hallo motivo concluyente para negar su realidad; antes al contrario representa alguna verisimilitud. Doy nombre de Sol, por lo que toca al asunto presente, à qualquiera Astro, que luzca con luz propria; esto es, no derivada por reflexion de otro Astro, y sea en la magnitud poco, ò nada inferior à este, que para nosotros hace el dia. Una, y otra circunstancia se halla en las que llamamos Estrellas fixas. La primera, porque su viva radiacion, ò centelleo demuestra, que ellas mismas son la fuente, ò manantial de su esplendor. La segunda, porque segun la enormísima distancia, que reconocen en ellas todos los Astronomos Modernos, respecto de nosotros, la qual llega à millares de millones de leguas, atendidas las reglas de la Optica, sobre la visibilidad de los objetos distantes, la Fixa, cuyo diametro no fuese igual, y aun mayor que el Sol, sería totalmente invisible à nuestros ojos. Sobre que puede verse la Historia de la Academia Real de las Ciencias, *tom. 17. pag. 62.*

64 Repito, que de toda la sumptuosidad del Systema Magno, lo unico que se puede admitir como existente, es dicha multitud de Soles, y todo lo demas solo como mere phypotesi; porque, que cada uno de esos Soles esté presidiendo à sus particulares Planetas, y que estos, no solo estén vestidos de mares, rios, y selvas, mas tambien poblados de varias especies de brutos, y de racionales, no

tiene fundamento alguno; y aun por lo que mira à pobladores racionales, tiene su admision muy peligrosos tropiezos, como ya adverti en otra parte.

S. X.

65 **H** Abrá algunos que juzgen hacer un argumento plausible contra esta multitud de Soles, representando, que son inútiles, ò superfluos, porque, qué uso tienen, sino la de una leve iluminacion, la qual se podría suplir ventajosamente, añadiendo el Criador à los Planetas, que produjo, otro, v. gr. otra Luna, que à la misma distancia, que à la que tenemos alternase con ella el ministerio de alumbrarnos; de modo, que la una estuviese sobre nuestro Emisferio, quando la otra en el opuesto?

66 Pero este argumento, por mas que parezca à algunos especioso, bien mirado, no es mas que una bachilleria, en algun modo sacrilega, semejante à aquella, que con verdad, ò mentira, se atribuye à nuestro Rey D. Alonso el Sabio, quando se cuenta de él la osadia de decir, que si Dios lo hubiera consultado, quando estaba para fabricar el mundo, hubiera evitado muchos defectos, que hay en este que crió. Es cosa digna, no sé si diga de risa, ò de indignacion (pero ciertamente de uno, y otro) que el hombre, que muchas veces no puede averiguar à qué fin se enderezan las operaciones de un vecino, que tiene enfrente: ò entrando en la Oficina de un Artifice, no acierta à discuir qué uso, ò destino tienen algunos instrumentos, que vé allí; quiera, metiendose en los secretos de la Providencia, averiguar los fines à que Dios destinó todas sus criaturas, mayormente las que estan tan distantes de nosotros. Yo veo estas lumbreras nocturnas. Veo tambien, que con otros mil. medios diferentes pudo Dios suplir esa escasa luz, que nos ministran. Pero qué se yo, si su Soberano Autor las destinó à otros fines muy diversos de la iluminacion que gozamos? ¿Qué se yo, ni quien lo sabe? *Quis enarrabit Caelorum rationem* (Job c. 18).

Pe-

67 Pero vé aquí, que con ser yo tan ignorante, à estos presumidos, aun mas ignorantes que yo, porque yo conozco mi ignorancia, y ellos no la suya, les señalaré otro motivo, que Dios pudo tener para la produccion de todos esos Soles, mas elevado, y mas importante para nosotros mismos, que el de la iluminacion. ¿Qual es este? Poner à la vista tantos brillantes espejos, en que contemplemos la grandeza, el poder, y la hermosura del Criador.

68 Es el Sol una criatura de tal belleza, esplendor, y magestad, que pudieron en algun modo disculparse los que le imaginaron mas que criatura, si fuese capaz de alguna disculpa el detestable error de la Idolatria. Pero, quanto el concepto vulgar de que entre todas las criaturas no hay mas que un Sol, es ocasionado al delirio de atribuir divinidad à este hermoso Astro; otro tanto la opinion phylosófica de que en el vastisimo campo del Universo hay innumerables Soles, sirve al desencanto de que es Deidad falsa la que adoraban en él los antiguos Persas, los Peruanos, y otras gentes, así del viejo, como del nuevo mundo; porque así como la inclinacion del genio humano es tributar estimaciones à lo que es singular, ò raro, es muy proprio de él mirar con desdén, por precioso que sea, lo que vé multiplicado. En un solo Sol puede imaginar atributos divinos; en dos mil Soles no mas que una multitud de Astros; ya que no vulgares, vulgarizados.

69 Hago juicio de que si à uno de los Persas, que idolatran al Sol, preguntásemos el motivo de su adoracion, responderia, que en quantos entes han registrado sus ojos, éste ha hallado ser por su harmosura, y resplandor el mas excelente de todos, y por consiguiente el mas digno de ser venerado como Deidad. Pero si luego con razones phylosóficas, ò sòlidad, ò aparentes, se le persuadiese, que no solo hay ese Sol, à quien adora, en el mundo, sino otros muchísimos, y tantos que llegan à millares, cada uno de ellos igual en todas sus perfecciones al que constituyó objeto de sus cultos; sin mas diligencia quedaria desencañado de su error. La razon es, porque aunque el

Tom. V. de Cartas.

D 3

Per-